

Testimonio de la historia de un emigrante zamorano

Juana Esther Contreras

Volviendo atrás la mirada, sentada en las rodillas de aquel padrino zamorano, no puedo dejar de sensibilizar mi piel al sentir vibrar en mis oídos aquellas narraciones hechas por él, contando el dolor extremo que sentía al volver al recuerdo y dejar reflotar imágenes de esa tierra que lo vio nacer.

El recuerdo de esa llanura, de las comarcas occidentales, creo ver a través de sus palabras el claro y transparente río Duero y el Esla, que casi divide a Zamora en dos partes de Norte a Sur.

La muy noble ciudad de Zamora, dijo mi padrino, se levanta en la margen derecha del río Duero, sobre las peñas tajadas de Santa María.

La descripción de esos magníficos puentes, poniendo en sus relatos énfasis al pintar con palabras, el increíble presente del puente romano y su majestuosa Catedral.

No dejaba de sonreír cuando recordaba aquellas romerías, a lo largo del año, y cuando el verdor de los campos en primavera le indicaba que muy pronto comenzaría a verse cosecha de esa tierra agrícola por excelencia.

Mucho conozco de Zamora, de su tierra, de sus cultivos, de sus monumentos, de sus ricas, sabrosas, y fuertes comidas, de aquella sopa de ajo que obligadamente su madre les hacía comer en la madrugada del Viernes Santo o “el dos y pingada” que estaba formada por dos huevos fritos, rebanadas de tocino magro, tortas de pan, siempre frito.

Creía frente a la clara y precisa descripción que hacía de las comidas, percibir en mi imaginación de niña pequeña sus olores y sabores.

Cuando nombraba el vino tinto que allí había, una sonrisa se dibujaba en su rostro que me indicaba que también era bueno.

Trabajó en distintas ocupaciones en su pueblo, también lo hizo en el campo, pero las condiciones económicas de toda España fueron duras en esos

años y no sirvieron para plasmar los sueños de superación constante que guardaba en su mente.

Fue entonces cuando apenas con veinte años, una idea fue creciendo en su espíritu de joven con ambición de superación.

Surge así el proyecto de buscar otros horizontes, y es así como lo encontró en este país de tierras promisorias y de puertas abiertas que se llama “Argentina”.

Llegó a amar esta tierra, en ella plasmó sus sueños, pero cada vez que volvía su mirada, como una flecha, se dirigía a Zamora.

A las calles de su pueblo, al que supo a través de sus narraciones enseñar a amar y a sentir de manera tal que hoy, siendo una mujer mayor, tengo la sensación de haber caminado junto a él por esas tierras zamoranas.

Había nacido en una primavera española del año 1880, creció junto a su familia, con esa madre que amó entrañablemente, dando yo fe de ese sentimiento por el brillo de sus ojos negros cada vez que la nombraba y su imagen invadía su mente.

Se hizo mozo e inteligente, sus manos estaban llenas de ilusión, pero en su España ese porvenir soñado no podía alcanzar.

Fue entonces cuando tomó la firme decisión de venir a América. Lo hizo en las peores condiciones económicas pero con las mejores ilusiones de ese devenir con éxito que luego logró.

Trabajó mucho y sin descanso.

Al llegar al puerto de Bs. As. con aquel monito al hombro, como se le llamaba al bulto que guardaba su ropa, y con el cansancio de un viaje tan largo hecho en la bodega del barco, toma la firme decisión de trasladarse al centro de la ciudad.

Allí, en la inmensidad de una ciudad desconocida, luego de mucho ir y venir logra un trabajo en el ferrocarril.

Con el estilo de zamorano honesto y trabajador supo recibir el respeto y la consideración de sus pares.

Llegan los hijos, pero una epidemia de meningitis terminó muy pronto con las frágiles vidas de sus dos pequeños.

Dejó tan dramático hecho huellas de un profundo dolor en la vida de estos dos españoles que, abrazados frente a la irreparable pérdida, deciden mirar el futuro con un horizonte de porvenir y de nuevos hijos que alegrarían sus vidas más adelante.

No transcurrió mucho tiempo y la vida vuelve a darles un regalo.

La llegada de Catalina marca en ellos el punto de partida para una historia que comenzaría a cubrir las vidas de esta mujer y este hombre que apostaron sin lugar a dudas al hogar.

Allí en ese Bs. As. clavó su lanza, pero no pudo tirar sus raíces.

Catalina creció fuerte y sana.

Fue entonces cuando su esposa decide volver a España, sola, con su hija, lo hace buscando vender lo que allí le pertenecía, para luego encontrarse nuevamente en Bs. As. con su esposo.

Grande fue su sorpresa cuando comienza a sentir la vibración dentro de sus entrañas que un nuevo hijo se acercaba.

Nace en España Omar Honorio, siete años permaneció esta mujer en su terruño.

Pedro González Pereña no se queda en Bs. As.

Comienza allí una nueva historia para él.

Decide dejar la ciudad e ir al campo a trabajar la tierra. Lo hace con el empuje que solamente un hombre fuerte y de buenos principios puede hacer.

En Balcarce, provincia de Buenos Aires, República Argentina a dieciséis de Agosto de mil novecientos veintá.
El que suscribe, Pedro González, de cuarenta años de edad, de estado casado, de profesión contador de los Reales, natural de Fuente Saucedo, provincia de Zamora, reyno de España, é inscripto en el Vicescudato de España en Balcarce, con el número de cincuenta y seis y veintá del ejercicio actual: Confiere, por la presente, amplia autorización a su esposa Antonia Alfaro, de treinta y cuatro años de edad, para que pueda trasladarse a esta República, con sus hijos Omar y Catalina de seis y siete años respectivamente, y residentes en el mismo pueblo, provincia, y reyno del suscripto, a convivir con él, pues es su voluntad tener a su expresidenta familia bajo su protección y amparo.
Suplica a las autoridades españolas no le pongan inconveniente en su salida de la Península, y a las autoridades argentinas quieran recibirlos concediéndoles permiso de libre desembarco en el Puerto de Buenos Aires, de quienes se compromete a atender la subsistencia y necesidades que requieran y que con ningún caso llegaran a pesar sobre la caridad pública o instituciones benéficas del país al que vienen a radicarse.
Para probar que posee los medios suficientes

Autorización de Pedro González Pereña para que su esposa e hijos viajen a Argentina.



Pedro González Pereña, nacido en Fuentesauco en 1880.

Solo, se instala en un campo del sudeste de la Pcia. de Bs. As., en un asiento poblacional rural que se llama Utamendi. Realizó todo tipo de trabajo rural, más tarde se traslada a la zona de Balcarce, allí teniendo como testigo esas sierras bajas desgastadas por la erosión de las lluvias y los vientos, esas sierras que emergieron de la corteza terrestre en la era terciaria cuando el hombre aún no había hecho su aparición sobre la tierra, este hombre comienza su trabajo de labriego.

Allí permaneció, hasta que un día, transcurridos siete años de la partida de su esposa a España, recibe la noticia de su regreso con sus dos hermosos hijos.

Nunca dejó de ser zamorano, su hidalguía de caballero español, su porte firme, su cuerpo erguido, su

mirada vivaz fue heredado por su hijo varón, su hija mujer tuvo la mezcla de ese noble hombre y la bonita figura heredada de esa abuela buena y sumisa, de ojos claros y mirada tierna que se llamó Antonia Alfaraz Macías, nacida en Topas, Pcia. de Salamanca.

Siempre llevó en su mente y en su corazón de zamorano de ley, su tierra. Nunca perdió su nacionalidad.

Su única tierra fue España y su provincia Zamora.

Mi padrino no llegó a tener capital económico en estas tierras, su capital fue el amor con que cobijó a sus hijos y los principios éticos y morales que les supo transmitir a lo largo de su existencia.

En el lugar donde descansan sus restos, cerca de un mar de aguas profundas, las mismas aguas que lo trajeron a estas tierras, en la Costa Atlántica a pocos kilómetros donde hizo su vida, una lápida se muestra orgullosa indicando en su relieve que allí descansan los restos de un español zamorano.

Sus huesos son celosamente custodiados por los fuertes afectos de su gente, pero su espíritu hidalgo ha vuelto a sus orígenes y allí permanecerá trabajando para unir los casi extremos del mundo y poder quedarse con todo aquello que amó y respetó en el más sublime abrazo que un hermano puede dar para fundir lo que fue “sólo amor, por todo lo suyo”.